

EPÍLOGO

Los restos de la columna denominada de La Legalidad, llegaron a eso de las cinco de la tarde del día 20 de mayo de 1920 al misérrimo poblado llamado San Antonio Tlaxcalantongo, situado en las estribaciones de la Sierra de Puebla.

A la cabeza de la columna, como de costumbre, iba don Venustiano Carranza, erguido, imperturbable, estoico, como si aquellas magnas jornadas —huyendo del enemigo tenaz que nos seguía de cerca o que surgía de todas partes— fueran sus acostumbrados paseos a caballo por Chapultepec.

El general Mariel se había separado en La Unión, acompañado de varios de sus ayudantes, para adelantarse hasta Xico o Villa Juárez, poblado de importancia por el cual deberían pasar los fugitivos en su marcha hacia el norte del país. Villa Juárez estaba guarnecida por fuerzas al mando de Lindoro Hernández, que pertenecían a la Brigada Mariel, razón por la cual se confiaba en que la presencia de su jefe nato serviría para asegurar y proteger el paso de la comitiva presidencial por aquellos lugares.

—Si Lindoro me ha permanecido fiel, haré que sus fuerzas se incorporen con nosotros; si desgraciadamente se ha visto obligado a tomar una actitud contraria al gobierno, yo lo haré volver sobre sus pasos.

Esto había dicho Mariel al separarse, prometiéndole al presidente enviarle recado escrito, cuanto antes, para informarle con precisión sobre lo que hubiera.

Para aposentar a la columna y, a la vez, como guía y hombre experto y de confianza, había quedado el general Rodolfo Herrero, también de las fuerzas del general Mariel, con quien se había amnistiado meses antes y con quien cultivaba buena amistad e inteligencia. Herrero se unió a la columna a la salida de Patla, esa tarde, después de la comida del mediodía, siendo presentado y recomendado al presidente Carranza y al general Murguía por el propio Mariel.



En la reducida planicie que queda entre la falda de un escarpado cerro y una barranca profunda cortada casi perpendicularmente, por un arroyo que corre en el fondo y rodeada de un bosque espeso de vegetación agreste, se encuentra el misérrimo caserío de San Antonio Tlaxcalantongo.

No es un pueblo ni una aldea; escasamente es una ranchería de indios que viven primitivamente en jacales edificados con yerbas y ramajes de árboles entre los que el frío y la lluvia se cuelan casi de igual manera que en el campo raso.

Diez o doce pilares de mampostería sembrados simétricamente a un lado de la plazoleta, centro del poblado, indican las intenciones a punto de cristalizar, que tuvieron los moradores, tiempo atrás, para levantar un templo.

Un cuarto rectangular con paredes de delgada tabla, constituye la mejor habitación del lugar y la que más se destaca.

Allí es el juzgado, el despacho del representante de la autoridad en aquel rincón olvidado de la Sierra de Puebla.

Llovía copiosamente y una neblina tenaz se arrastraba por el suelo.

La mermada columna de fugitivos hizo alto en la plazoleta de la ranchería.

ITINERARIO SEGUIDO POR DON VENUSTIANO CARRANZA DEL 7 DE MAYO DE 1920 HASTA SU MUERTE, EL 20 DEL MISMO.



* N. del E. Así en el original, es posible que se trate de Ixcamaxtitlán, ya que es el mismo poblado que aparece en la ruta.

Los impermeables amarillos o charolados se destacaban brillantes como manchas de pintura en el pardo paisaje.

Frente al cuartucho del juzgado, Herrero echó pie a tierra y dijo al presidente:

—Por ahora, señor, este será el Palacio Nacional; es lo mejor que hay en el pueblo.

Don Venustiano vio el jacal con cierto menosprecio; hubiera deseado algo menos malo. Con desgano desmontó del caballo y se dispuso a acomodarse en aquel albergue para pasar la noche.

Era necesario esperar allí el resultado de la embajada de Mariel. El general Herrero inspiraba confianza, repetidas muestras de adhesión había dado aquella tarde. Se había mostrado sumamente servicial y atento; era en aquellos momentos el protector de los restos de la maltrecha columna; él la había conducido hasta aquel paraje considerado como absolutamente seguro y a salvo de un golpe de mano del enemigo, y sus fuerzas, según decía, estaban en lo alto de la serranía, resguardando aquel lugar de un posible ataque.

El tiempo mismo, lluvioso y profundamente gris y deprimente, era una garantía aparente de seguridad para los fugitivos.

Secundino Reyes, el veterano asistente de don Venustiano, desde Coahuila, desensilló el caballo del presidente y llevó los avíos al interior del jacal.

En el rincón más distante de la única puerta, colocó la montura y los sudaderos y confeccionó con ello la cama en que había de dormir el último sueño don Venustiano Carranza.

En el mismo jacal tomaron acomodo el secretario de Gobernación, licenciado Manuel Aguirre Berlanga, el secretario particular, Pedro Gil Farías, el director de Telégrafos, Mario Méndez y los capitanes ayudantes Octavio Amador e Ignacio Suárez.

El servicio de seguridad acostumbrado se estableció aquella noche bajo las indicaciones que dio Herrero al general Heliodoro Pérez, comandante de la escasa veintena de soldados que quedaban de la fuerte columna de caballería que había salido, bajo su mando, de la ciudad de México quince días antes.

Tan luego como fue establecido el servicio de seguridad según las indicaciones de Herrero, manifestó éste que tenía urgencia de regresar a Patla, pues le habían informado que un hermano suyo, en una reyerta con un soldado de sus fuerzas, había resultado herido. Alguien, creo que Paulino Fontes, le proporcionó yodo, algodón y vendajes para el supuesto lesionado. Partió Herrero raudo en su fogoso caballo tordillo rodado.

Don Venustiano Carranza estaba preocupado, pudiera decirse que inquieto; abrigaba un impreciso temor hacia lo incierto, hacia el porvenir cercano.

Ni en los recién pasados combates de Apizaco, Rinconada y Aljibes, en que había estado tan cerca de la muerte, tuvo la inquietud de aquella noche.

Una corazonada reveladora lo ponía en guardia sobre algo intangible; pero que él advertía inminente.

El cuarto que iba a servir de alojamiento al Jefe tenía el piso húmedo, de tierra apisonada; una tosca mesa de madera, único mueble de la pieza, hendía sus cuatro patas en el suelo vivo, al estilo de las mesas de esos cenadores rústicos, que se construyen en los jardines públicos.

—Mario —dijo don Venustiano dirigiéndose al director de Telégrafos—, vea usted por ahí si hay alguna casa que tenga piso de madera.

—Esta es la mejor casa que existe aquí, señor.

—Aquí nos quedaremos; qué le hemos de hacer.



Fuera de la actividad de la gente de la columna que desensillaba sus caballos y trataba de buscar acomodo en las diseminadas casuchas de la desolada ranchería, la vida parecía que había huido de aquel lugar.

Los escasos habitantes que sin duda estaban normalmente en aquel paraje, lo habían evacuado probablemente momentos antes de la llegada de la columna; aún se observaban huellas frescas de su estancia en el lugar. Secundino Reyes pudo pescar, casualmente,

al indígena que actuaba como autoridad en el poblado y lo llevó ante el señor presidente.

—¿Dónde está la gente que vive aquí? —preguntó don Venustiano.

—Señor, está por allá arriba, en las lomas, señor.

—¿Qué hacen ahí? —nueva pregunta del señor Carranza.

—Están cuidando sus milpas, señor.

—Ordéneles usted que bajen y que nos traigan pastura para nuestros caballos; se les pagará lo que sea.

—Sí, señor; voy a mandarlos.

Se fue el indígena y... no regresó.



—Capitán Suárez, no desensille su caballo; monte usted y vaya a avisar a todos que no quiten las monturas de sus caballos y prevéngales que deberán estar listos para continuar la marcha de un momento a otro.

A poco rato regresó Suárez de su comisión.

—Señor, todos han desensillado ya y se han diseminado por las casas distantes, tratando de encontrar forraje para los animales.

—Está bien —contestó el presidente, un tanto contrariado.



Más tarde lo vi yo; estaba sentado en el marco de la puerta del jacal.

—Señor —le dije—, no hemos encontrado grano para los caballos. Es temprano todavía y quizás convendría caminar un poco más, hasta llegar a algún lugar en que encontráramos pastura para los animales.

—No me gusta esto; pero tenemos necesidad de esperar aquí noticias de Mariel.



Conversó breves momentos después con varias personas de la comitiva que lo fueron a ver: con el general Murguía, con Federico

Montes, con Juan Barragán, con Marciano González, con el licenciado Luis Cabrera y, seguramente también, con algunos otros de sus acompañantes. Hablaron de la desastrosa situación del momento, del estado tormentoso del tiempo, de la justicia de premiar a sus leales y, finalmente, al despedirlos en la puerta del jacal, dijo, él que fue siempre tan amante de la historia patria:

—Podemos decir lo que el general Miramón en Querétaro: “Dios esté con nosotros en estas veinticuatro horas”.



Octavio Amador había conseguido algo de forraje para los caballos. León Ossorio, el inquieto propagandista convertido en soldado, llegó al jacal e hizo entrega de una gallina que había logrado capturar y que Secundino Reyes aderezó de la mejor manera posible dadas las circunstancias, para que sirviera de cena al señor Carranza y a las cinco personas que estaban con él.

La noche se echó encima rápidamente.

Seguía lloviendo y soplaban un viento frío.

El Primer Jefe pidió una luz y Secundino sacó de su morral un cabo de vela que encendió y puso en el centro de la mesa.

En previsión de que la bujía se consumiera, dado su escaso tamaño, observó el señor presidente que lo mejor era acostarse de una vez y apagar aquella vela cuya luz resultaría muy útil en la madrugada, al levantarse, para continuar la marcha.

Hacia el fondo del jacal, en el rincón opuesto a la única puerta del mismo, se acostó el presidente; un poco distante, a su izquierda, el licenciado Aguirre Berlanga y a continuación Pedro Gil Farías.

Frente al señor Carranza fue el sitio que eligió Mario Méndez para reposar, y en la entrada de la puerta se acostaron los ayudantes Octavio Amador e Ignacio Suárez.

Se hizo silencio en el interior del jacal y transcurrieron lentamente algunas horas. Afuera seguía lloviendo y las descargas eléctricas repercutían incontables veces en la serranía.

Suárez y Amador no dormían; cuchicheaban.

El tema de su conversación era lo único que podía tratarse en aquellas circunstancias: la situación lamentable de aquellos momentos.

En medio de la obscuridad de la noche, vieron cómo una luz se acercaba sigilosamente hacia la humilde casucha que servía de albergue presidencial.

Amador se levantó presuroso a inquirir quién o quiénes llegaban.

Era un ayudante del general Murguía, jefe de la columna, que por mandato de su superior conducía ante el presidente a un indio portador de un papel que enviaba Mariel desde Xico.

El señor Carranza despertó y dispuso que se encendiera la luz y que pasara el enviado.

El oficial de Murguía, cumplido su encargo se retiró en seguida; el indio hizo lo propio, no aceptando la invitación que le hicieron de quedarse a dormir en el cobertizo en que estaban los asistentes con los caballos; prefirió continuar su camino y llegar a su pueblo o a su rancho en medio de aquel aguacero inclemente.

En voz alta leyó el presidente el recado que le había sido entregado:

“El general Lindoro Hernández es leal. Muy de madrugada saldrá una parte de sus fuerzas para encontrar a la columna expedicionaria y llevarla a Villa Juárez.” Firmaba el general Mariel.

—La verdad es que no había podido dormir pensando en esto, —manifestó el señor Carranza—; ahora sí vamos a poder descansar.

Se apagó nuevamente la vela y esta vez sí se entregaron al sueño todos los transitorios moradores del jacal.



Serían las tres de la madrugada cuando una descarga cerrada de fusilería rompió el ruido monótono de la lluvia. Aquella descarga se hizo precisamente afuera del jacal, sobre el rincón en que dormía el señor presidente.

Desde aquel momento se desarrollaron los acontecimientos con una rapidez vertiginosa.

Afuera, los asaltantes gritaban “mueras” a Carranza, insultos y “vivas”. Adentro, en medio de la obscuridad absoluta, don Venustiano, herido, se quejaba. El licenciado Aguirre Berlanga, que estaba cerca de él, al oírlo, le preguntó solícito:

—¿Qué le pasa, señor?

—Tengo rota una pierna, no puedo levantarme —le contestó.

Una segunda descarga de fusilería repercutió imponente, perforando las endebles tablas del jacal.

Los ayudantes Suárez y Amador, pistola en mano, se levantaron inmediatamente.

Frente a la puerta del jacal no había ningún enemigo. El ataque estaba concentrado desde afuera, sobre el ángulo en que yacía el señor presidente.

Considerando Suárez que el camino estaba libre para sacar a su jefe, a tientas, en la obscuridad, se dirigió hacia donde estaba él.

Se hallaba don Venustiano casi sentado en su improvisada cama. Suárez lo rodeó por la espalda con su brazo derecho, diciéndole con respetuoso cariño:

—¡Señor...! ¡Señor...!

De la garganta del presidente Carranza se escapaba una fatigosa respiración; horriblemente fatigosa.

—¡El Jefe está muriendo; oigan ustedes el estertor de su agonía!

Ya no había tiros sobre el jacal. Las descargas de las armas de fuego atronaban ahora sobre las demás casas de la rancharía.

En la espantosa obscuridad del cuarto acababa la vida del gran hombre, sostenido por su fiel ayudante Ignacio Suárez. Nadie se movió de su habitación.

Cuando Suárez observó que se había consumido la vida de su Jefe, vio la esfera del reloj luminoso que llevaba en la muñeca.

—El presidente acaba de morir; tomen en cuenta la hora que es: son exactamente las cuatro y veinte minutos.



Un grupo de los atacantes del jacal se presentó, enfurecido, en la puerta. Pedían entre blasfemias y gritos, que salieran los que allí se

alojaban. Alguien les informó que el presidente estaba herido, que podían penetrar, que no había resistencia. Entonces, pidieron que se encendiera una luz.

Así se hizo e irrumpieron unos veinte de los de la gente de Herrero, encabezados por un sobrino de éste, que después se supo su nombre era Ernesto Herrero.

Le seguía un individuo de roja pelambre, a quien llamaban Facundo Garrido. Aquella gente iba insolente y alebrestada.

Sus armas apuntaban hacia los rendidos y sus palabras vomitaban burlas y blasfemias.

En un instante despojaron a todos de sus armas y de cuanto tenían.

Secundino Reyes, el fiel asistente de don Venustiano, entró al jacal y se acercó a ver a su jefe, a quien sostenía todavía en sus brazos el capitán Suárez.

Se arrodilló junto al cuerpo yacente y ensangrentado y, con suavidad, con unición, con emoción, con emoción infinita, lo acostó en el suelo y lo cubrieron con la manta que tenía a sus pies.

Suárez, en una rápida transición del dolor a la furia, increpó a los asesinos y a punto estuvieron todos de ser blanco de las armas de aquella gente.

Los asaltantes hicieron desfilas hacia afuera a los acompañantes de don Venustiano Carranza.

Una nueva fuerza, al mando del segundo de Herrero, coronel Márquez Zerón, cogió personalmente el chaquetín, el reloj, el sombrero y algunas prendas más del uso de don Venustiano Carranza, como preciado botín.



Ya amanecía cuando calmó la tormenta y cesaron los balazos. Las siluetas negras de los jacales diseminados por la barranca se destacaban ya precisas en la claridad del día naciente.

De aquella columna que saliera de México el día siete de esos meses de mayo, es decir, trece días antes, integrada por más de cuatro mil hombres, sólo quedaban cuarenta o cincuenta prisioneros

maltrechos y azotados, algunos dispersos, y el cuerpo del que fuera gobernador de Coahuila, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y presidente de la República Mexicana, acribillado a tiros, abandonado, sobre el suelo vil del inmundo jacal que fuera albergue en la última y tormentosa noche de su vida ejemplar.



Cayó solemne y digno como el roble de la montaña que abate el huracán.

Su cuerpo fuerte y su porte austero cayeron para siempre en la última jornada de su vida.

Los honores fúnebres de presidente de la República que le correspondían, no los tuvo su cadáver.

Unos indios —humildes labriegos—, con gusto cargaron sobre sus robustos brazos el cuerpo del Jefe y, amorosos, lo cubrieron con un lienzo de burda manta tricolor.

En los jacaes del paso, enlutaron los horcones de las enramadas con trapos negros.

Los obreros de Necaxa y Huauchinango, respetuosos y contritos, doloridos y llorosos, depositaron flores silvestres sobre el cuerpo del caudillo.

El pueblo proletario le acompañó, aquí en la capital, hasta la pobre fosa en el panteón de Dolores, en que descansó inicialmente, y el mismo pueblo, soberano y justo, convertido en orfeón gigantesco y espontáneo, cantó en honor de aquel gran caído, el Himno Nacional de nuestra patria.

